

LAS LECTURAS ACTUALES DE LA COMUNICACIÓN LITERARIA EN EL ESPACIO MEDIEVAL

Antón Figueroa
Universidad de Santiago de Compostela

RESUMEN

Esta exposición esboza cómo los discursos actuales sobre el pasado están condicionados por diversos tipos de lógicas, especialmente por los pertenecientes a la lógica social y a la lógica semiótica. Partiendo del concepto de campo social debido a Bourdieu, se muestra cómo las lecturas «a destiempo» del texto medieval se rigen por el campo en el que está inserto el lector, que dota así al texto de funciones nuevas o imprevistas. Desde el punto de vista de la lógica social, se atiende a dos ópticas de lo medieval, una desde los campos nacionales o identitarios (con la utilización pragmática al servicio de una *doxa* o de una heterodoxia social, como factor de cohesión socio-cultural) y otra desde el campo académico, en el que se distingue el subcampo de producción restringida y el de gran producción. Desde el punto de vista semiótico, al producirse una variación de contexto sociocultural en que se insertan emisor y receptor, se muestra la forma en que el texto puede ser utilizado para establecer relaciones de comunicación nuevas y para dotarlo de un poder ficcional o artístico «sobreenvenido».

PALABRAS CLAVE: teoría, análisis y crítica literaria.

ABSTRACT

This article defends the theory that current perspectives about the past are actually conditioned by several types of logics, specially those deriving from social and semiotic disciplines. Following Bourdieu's conception of social field, we try to show how our present-day misreadings of medieval texts are subjected to the particular field whereby readers operate, thus providing texts with new or unexpected functions. From the point of view of social logics, there are two main views of «the medieval» from which to focus our attention. The first one is that of national identities (putting the pragmatic use at the service of some *doxa* or social heterodoxy as an aspect of social and cultural cohesion). The second one is the academic domain, where two other fields may be discerned: that of restricted and that of large production. From a semiotic standpoint, we attempt to show the way the text may establish new communicative relationships and is endowed with supplementary fictional or artistic power. This would happen whenever there is a change in the social and cultural contexts sender and receiver share.

KEY WORDS: theory, analysis and literary criticism.



Nos encontramos en esta reunión del CEMYR en un contexto interdisciplinar particularmente interesante por razones algunas de ellas evidentes y otras no tanto. Algo particularmente útil en este encuentro consiste en poder ver cómo la propia lógica académica —que también es una lógica social— es considerada, contrastada y, tal vez, contestada más o menos explícitamente, por otras lógicas académicas y sociales; más en concreto, resulta útil observar, por ejemplo, cómo una aproximación a lo medieval desde el campo literario puede ser parcialmente divergente en relación con una aproximación realizada desde el campo de los historiadores, aun entendiendo en este caso ambos campos como parcelas del campo académico. Si algo quisiera resaltar en esta intervención sería lo siguiente: los discursos actuales sobre el pasado no son discursos «inocentes» ni «objetivos», aunque la objetividad sea el principal objetivo confesado por todos, sino que están *también* condicionados por lógicas actuales de muy diverso tipo, pero que pueden, a mi modo de ver, agruparse en dos grandes sectores interrelacionados entre sí: por una parte, la lógica social y, por otra, la lógica semiótica. Ambas son analizables con prepuestos teóricos independientes, aunque luego, de hecho, comprobemos cómo en la lógica social se manejan instrumentos también semióticos y cómo, a su vez, la lógica semiótica se ve condicionada por hábitos sociales de los que cada cual participa en función de su inserción en una «cultura» o, mejor dicho, en culturas varias.

Centraremos, pues, nuestra exposición en intentar esbozar los efectos de esta lógica social en los discursos sobre textos del pasado, para abordar a continuación un esquema —también muy básico— de algunos de los elementos que consideramos importantes desde el punto de vista semiótico.

1. DESDE EL CONCEPTO DE CAMPO SOCIAL

Para intentar acercarnos a esta lógica utilizaremos el concepto de campo (Bourdieu) en un sentido muy amplio y con riesgo de simplificaciones indebidas, aunque justificadas a mi modo de ver, por el carácter muy modesto de propuesta exploratoria que mi exposición tiene en este momento. Recorro a un texto (Bourdieu 1992: 24-25) para una aproximación al concepto de campo social [cito y traduzco]:

Como los *Lebensordnungen* de Weber, estos «órdenes de vida» económica, política, religiosa, estética e intelectual en los que se divide la vida social, cada campo, bajo el capitalismo moderno, prescribe sus valores particulares y dispone de sus propios principios reguladores. Estos principios definen los límites de un espacio estructurado socialmente en el que los agentes, en función de la posición que ocupan en este campo, luchan para cambiar o para conservar sus fronteras y su configuración. Existen dos propiedades esenciales en esta esquemática definición. En primer lugar, un campo, como un campo magnético, es un sistema estructurado de fuerzas objetivas, una *configuración relacional dotada de una gravedad específica* que se impone a quienes penetran en él. A la manera de un prisma, todo campo refracta las fuerzas externas en función de su estructura interna. Los efectos engendrados en el interior de los campos no son ni la suma puramente aditiva de acciones anárquicas, ni el resultado de un plan concertado: es la estructura misma del juego, y no



un simple efecto de agregación mecánica, que se sitúa en el principio de trascendencia manifestado por los casos de inversión de intenciones. En segundo lugar, un campo es un espacio de conflictos y de concurrencia, es como un campo de batalla en el que los participantes rivalizan para establecer el monopolio sobre el capital específico que allí actúa: la autoridad cultural en el campo artístico, la autoridad científica en el campo científico, la autoridad sacerdotal en el campo religioso, etc.

La noción de campo puede aplicarse entonces a una serie de grupos sociales económicos, políticos, religiosos, estéticos, intelectuales... Podemos, así, hablar de campos artísticos, de campo literario, de campo o campos académicos, etcétera, englobados generalmente en campos nacionales. Aunque Bourdieu no se refiere habitualmente y directamente a campos nacionales, parece claro que, por lo menos en cierto modo y con las modalidades propias en cada caso, una nación o una región constituirían un campo —político o identitario—. En todos existen fronteras entre los que pertenecen o no al campo, existe un sentido común propio; en todos se lucha por un capital específico.

Las características básicas que acabamos de ver en el texto citado pueden aplicarse a cada uno de estos campos. Qué duda cabe de que el mundo académico constituye un espacio con valores particulares en el que cada agente ocupa una determinada posición; en los concursos y «o-posiciones», nunca mejor dicho, se percibe de manera aguda y a veces casi violenta este espacio estructurado pero en movimiento, en el que hay un centro de gravedad específico que impone normas a sus integrantes, que constituye un prisma con una particular óptica para analizar (refractar) la realidad, que aparece como un espacio de conflictos, de concurrencia y de juicios, como un espacio de capital específico y como un universo jerarquizado, etcétera. Lo mismo sucede *mutatis mutandis* en un campo nacional, en un campo político o económico, aunque con características y configuraciones específicas en cada caso al ser distintos los intereses en juego. Un grupo social instaura un sentido común. El ser español, francés, canario o gallego, el ser profesor, farmacéutico, filósofo o investigador instaura una manera de ver el presente y el pasado.

Volviendo, pues, al tema inicial, podemos indicar que las lecturas del texto medieval se rigen en gran medida por el campo al que pertenece el «lector». Este campo proporciona al texto o, si se quiere, al imaginario medieval, funciones en todo caso nuevas e «imprevistas», en cierta medida explicables por la configuración y por la óptica del prisma del campo en el cual se estudian, se analizan, se traducen, y de algún modo se utilizan. No utiliza lo mismo la figura del Cid la industria cinematográfica que Menéndez Pidal; aunque, desde nuestro prisma académico, la versión del cine nos parezca, cuando menos, contestable y la de M. Pidal «objetiva» y seria, en ambos casos se refracta lo medieval desde una óptica y desde unos intereses. Hablando, pues, de visión de campo, me voy a referir en particular a dos ópticas diferentes de lo medieval: una realizada desde los campos llamados nacionales o identitarios, y otra desde el campo académico; aunque, como veremos, en algunos casos ambas lógicas interfieran y se entremezclen, podemos teóricamente hablar de dos prismas diferentes.



1.1. ÁMBITO IDENTITARIO

Observados hoy, ya con un cierto distanciamiento, los procesos de creación de las naciones europeas aparecen con determinadas constantes; estos procesos resultan, en cierto modo por lo menos, análogos, aunque con la lógica diferencia histórica de cada caso. Una investigadora francesa, Anne-Marie Thiesse (1999: 14), apunta, no sin cierta ironía, la «lista identitaria de la nación» en el sentido moderno: una historia continuadora de los antepasados, héroes paradigmáticos, lengua, monumentos, folclore, lugares emblemáticos y paisaje típico, una mentalidad particular, representaciones oficiales —himno y bandera— e identificaciones pintorescas (traje, especialidades culinarias o animal emblemático) para indicar a continuación que

La nación nace de un postulado y de una invención, pero no vive más que de la adhesión colectiva a esta ficción. Las tentativas abortadas son legión. Los éxitos son el fruto de un proselitismo permanente que enseña a los individuos lo que son, que les inculca el deber de aceptar y de propagar este saber colectivo. El sentimiento nacional no es espontáneo más que cuando fue perfectamente interiorizado; hay que enseñarlo antes.

Un ejemplo muy claro: hoy mismo podemos percibir cómo en Europa no sólo se instauró un mercado común sino que se está instaurando una futura «nación» con una óptica europea, se están revisando las formulaciones de las historias nacionales para fabricar una historia europea, se usan determinadas figuras emblemáticas como Carlomagno o Carlos V, se crean himnos y banderas, etc., en definitiva, vemos cómo, siguiendo un modelo conocido, se está instaurando un sentido común europeo que probablemente chocará de igual manera con los sentidos comunes no europeos.

Ese sentimiento nacional «espontáneo» y «perfectamente interiorizado», es decir, el sentido común creado en el campo nacional, se advierte en los profetas y pedagogos de la nación pasados y presentes, todos ellos tan diferentes pero tan coincidentes: la nación se funda o generalmente se «refunda» con resultados diversos invocando la permanencia más o menos latente de unos valores específicos a lo largo de la historia. También la futura nación europea tiene hoy sus profetas, sus pedagogos y sus artífices.

En el ámbito de las naciones constituidas en Europa, se recurrió y se recurre a menudo al relato «histórico», en general a la literatura y casi siempre a la literatura medieval. Desde el punto de vista de la teoría de la literatura, podemos hablar de una utilización pragmática, de una utilización de consumo del poder de la literatura, y también de una reutilización pragmática del poder de la ficción que se pone al servicio de una *doxa*, o de una heterodoxia —según se mire— social en función de cada óptica. Se utilizaron y se utilizan todavía temas, formas, símbolos y representaciones, mitos, la lengua como núcleo esencial a menudo, todo ello con funciones diferentes según lo que se utiliza y según el momento en el que se utiliza: momentos fundacionales, de «renacimiento» o «regeneración» o de «defensa», etc. Las funciones y las modalidades de la utilización de texto literario son muy variadas.



Michael Werner (1994: 28) indica, por ejemplo, la función de los relatos literarios en la constitución de la identidad alemana:

En Alemania y en los países todavía en búsqueda de una organización moderna de Estado, la literatura fija las representaciones de una identidad nacional gracias a un doble proceso de legitimación: por una parte, proporciona una continuidad histórica que va desde la Edad Media a la época moderna. La epopeya cortés, incorporando el mundo del Sacro-Imperio, perfila las grandes líneas de una evolución que debe desembocar en el retorno a una unidad nacional perdida. Según esta misión nacional de la literatura, los exegetas germanistas acentúan, por ejemplo en las adaptaciones alemanas de los relatos de Chrétien de Troyes, las características típicamente «germánicas». Igualmente, el *Nibelungenlied* y, en general, el cantar de gesta medieval, son considerados como encarnaciones emblemáticas del espíritu alemán, en oposición esta vez, a la civilización del refinamiento practicada en las cortes de Francia.

Sin embargo en Francia la literatura medieval no realizó estas mismas funciones en las que fue en cierto modo reemplazada por la literatura historiográfica (*op. cit.*: 29).

En España, en un momento no ya de fundación sino de regeneración, los textos de la Edad Media desempeñaron también un papel identitario; es el caso, entre muchos otros, de los trabajos de Menéndez Pidal¹, quien acondiciona los textos y la figura nacional del Cid, luego también utilizada por la pedagogía nacional *sui generis* del franquismo con los efectos que conocemos. Las funciones de la literatura, como las de las demás artes², son en este sentido diferentes según cada caso, cada momento y cada uso.

Siguiendo a Itamar Even-Zohar (1994), que analiza la función de la literatura en la creación de la nación, podemos decir que la función principal de la literatura consiste en ser un factor de cohesión sociocultural (no exclusivo ni necesariamente el más importante) desde las primeras civilizaciones con escritura y literatura hasta la constitución de las naciones en el sentido moderno de la palabra.

La literatura difundía el ideal nacional, prestigiaba a autores que de algún modo justificaban, mediante la ficción, la integración en una determinada cohesión que se sentía necesaria y que, por lo mismo y al mismo tiempo, se creaba.

¹ Ver los estudios de Inman FOX (1997), p. 104 y ss., o de Javier VARELA (1999), p. 240 y ss.

² Javier VARELA (1999) estudia las posiciones nacionalistas del grupo literario del 98 y sus relaciones con los pintores (Zuloaga, Romero de Torres, etcétera) en posiciones homólogas (pp. 150-151). Podemos igualmente considerar la contribución de los denominados músicos nacionalistas del XIX o principios del XX a la configuración de sus respectivas identidades nacionales. Recordemos a Borodín, Tchaikovsky, Músorgsky, Rimsky-Kórsakof, también a Verdi, Falla, Albéniz, Bela Bartok o a Wagner: no todos apelan al espacio imaginario medieval, algunos utilizan el ámbito folclórico, que constituye igualmente una fuente común de recursos en los procesos identitarios.





Esta función, en cierto modo «inesperada», del texto literario y también del texto y del discurso histórico, esta re-presentación y re-utilización del relato, que se realiza en un tiempo posterior a su propio *tempo*, implica una lectura del texto medieval, y en general de los textos y hechos del pasado, realizada en función de un sentido común identitario instaurado o que se quiere instaurar en el presente. Este sentido común del presente aparece así con una especie de «efectos retroactivos»: al juzgar, reinterpretar y utilizar el pasado, se aplican con toda «naturalidad» los presupuestos de una creencia actual a la que de hecho ofrecen una justificación. Todo ello de manera más o menos inconsciente, en campos y niveles varios: en el campo científico, en el campo académico, en el campo político, etc. En una película norteamericana, cuya trama presenta a un grupo cheyene que vive aislado e ignorado en pleno siglo XX, ofrecida recientemente por TVE, se afirma: «lo que pasó era inevitable, como pasó fue horrible y evitable», lo cual no hace más que justificar el sentido común histórico, nacional e incluso moral instaurado en el presente. Obviamente los agentes (personales o no) que actúan en la creación y en el reconocimiento de las comunidades nacionales o regionales tienden a imponer una visión de carácter «natural» y «esencial», que se difunde en grupo social y lo ayuda a consolidar. Los conflictos que a menudo presenciamos se explican en gran medida por el carácter «natural» y «naturalizado» de estas creencias. La actualidad nos ofrece ejemplos patentes en nuestro ámbito y en otros ámbitos. Chechenia, Palestina, Chiapas y un largo etcétera originan ópticas naturalizadas apoyadas en sentidos comunes, enfrentadas a otras ópticas opuestas pero con las mismas características básicas.

No entro ahora en estos debates ciertamente complejos, pero sí me interesa destacar lo siguiente: es importante para el investigador ser consciente de las ópticas de los campos a los que pertenece y de la posible reutilización, consciente o inconsciente, propia o ajena, de los temas que estudia. El hecho de que cada uno de nosotros pertenezca a uno o varios campos sociales no debería intervenir en nuestro discurso racional, aunque el riesgo es grande y el esfuerzo de abstracción necesario también lo es. La identidad nacional, regional, etc., está presente en los discursos, incluso en aquellos que parecen regirse por intereses muy específicos, como son los monetarios o los científicos. Vemos cómo en el campo económico las decisiones no sólo se toman por intereses económicos (cf., por ejemplo, los conflictos provocados por la fusión de bancos), los descubrimientos científicos no se deben únicamente a intereses científicos (recordemos la oposición entre investigadores franceses y norteamericanos por la paternidad de los descubrimientos en torno al SIDA). A menudo en este terreno se originan problemas debidos a *pathos* identitarios. Lo mismo y más acontece en ciencias humanas, en la ciencia literaria por ejemplo, y no digamos en la ciencia histórica. Basta con observar los manuales de historia y de historia literaria de cada nación para observar esa pasión. Lo que no debe hacer el investigador es dar por sentado aquello que no es más que un sentido común instaurado. A este propósito recuerdo un texto de Pierre Bourdieu:

No se puede comprender esta forma particular de lucha de clasificaciones que es la lucha por la definición de la identidad «regional» o «étnica» más que con la condición de superar la oposición que la ciencia tiene que operar primero, para romper

con las prenociones de la sociología espontánea, entre la representación y la realidad, y con la condición de incluir en lo real la representación de lo real o, más exactamente, las luchas de representación, en el sentido de las imágenes mentales, pero también de las manifestaciones sociales destinadas a manipular las imágenes mentales (1982: 136).

El investigador debe ser consciente de su papel de constatar un estado histórico de cosas y de que su función consiste en comprender lo instituido «sin olvidar que únicamente se trata de un resultado, en un momento dado del tiempo, de la lucha por hacer existir o ‘desexistir’ lo que existe» (1982: 142).

Puede, además, suceder que, en el contexto social del propio investigador, el hecho de situar el objeto de la ciencia, no en la creencia instituida y naturalizada sino en el proceso mismo, produzca el efecto de la heterodoxia. Proponer como objeto de estudio los efectos producidos por los discursos identitarios, sin admitir ninguna ortodoxia previa más que la realmente existente, que es la instituida, puede en casos y contextos concretos originar una provocación, dado que, en cierto modo, lo instituido rechaza su propio carácter de práctica social. Cuando lo instituido se funda en una visión de la acumulación histórica instituida a su vez, ésta tiende a instaurarse como esencial, a ignorar su carácter de práctica histórica, y a apoyarse en una racionalidad proclive a definir como irracional, e incluso como inmoral, toda tentativa análoga en sentido contrario.

Los textos de historia o de historia literaria ofrecen muestras de cómo aparecen este tipo de apreciaciones: un genocidio para unos puede aparecer como una empresa gloriosa para otros porque se actúa en función de intereses externos de diverso tipo. Una misma figura puede aparecer como heroica o como deleznable. Ello se debe al hecho de que lo que no es más que un punto de vista sobre la realidad adquiere el carácter de sentido común. Estamos ante funciones identitarias realizadas por el texto y por la propia investigación (incluso a veces independientemente de la propia voluntad del investigador), tanto que se hable de los guanches, o de los viajeros franceses que recalaban en estas islas, como del Cid o de las Cantigas de Alfonso X que, por cierto, desempeñan una función emblemática que ofrece una mítica edad de oro a la literatura gallega.

Se hace necesario un esfuerzo de abstracción en la formulación del discurso histórico científico, y sobre todo en la previsión de sus posibles lecturas si en realidad queremos controlarlo como acto comunicativo que es. Esfuerzo complejo debido, por una parte, a la dificultad de analizar las «razones» utilizadas en la acción social, de constatar su efectividad estética, ética, política etc., sin emblematizar ni estigmatizar. En segundo lugar, por el hecho de que este tipo de discursos identitarios están sumamente diluidos y no siempre se plantean para justificar las grandes identidades nacionales, sino que en muchos casos la noción de identidad aparece ligada a sectores y jerarquías mucho más invisibles. Por ejemplo, todos sabemos que en cada universidad se hacen estudios digamos de identidad contextual, por poner una palabra inofensiva, algunos de los cuales quedan relegados al ámbito «local» (provinciano, vistos desde la metrópoli); otros, igualmente «locales», luego «resultan» de trascendencia nacional, todo ello mediante los sutiles mecanismos socioacadémicos



que estructuran discursos y posiciones. Otra fuente de dificultades consiste en el hecho de que nunca un investigador pertenece a un solo campo social, sino que en su ámbito y en la utilización de sus discursos coexisten y actúan directa o indirectamente campos diversos con intereses y capitales diversos: políticos, económicos y, lógicamente, también los capitales e intereses propios del campo académico que ahora vamos a evocar.

1.2. ÁMBITO ACADÉMICO

El discurso sobre el pasado no sólo aparece condicionado por la identidad (nacional, regional...), sino además por lo que podemos llamar identidad académica. El mundo académico funciona como un campo con sus posiciones, sus luchas, etc., y, en cuanto ámbito cultural, presenta una buena parte de las características de los campos culturales (Bourdieu 1991: 3-46). Podemos decir inicialmente que el campo académico, como el campo artístico en general o como el campo literario, comparte con éstos la característica que distingue a los campos culturales de los demás: su interés básico en el «desinterés». Esto proporciona a las posiciones heterodoxas e innovadoras un carácter inicialmente desinteresado sin opciones de remuneración económica o de otro tipo. Ahora bien, el campo académico no es ajeno a las dinámicas sociales y, lo mismo, por ejemplo, que el campo literario, está condicionado por los campos que lo rodean y con los que se relaciona, y en general con el campo del poder.

Si aplicamos los presupuestos del campo artístico (Bourdieu 1991: 7 y ss.) al campo académico podemos también aquí hablar de dos principios de jerarquización: uno interno que sitúa las posiciones y las tomas de posición según los intereses (desinteresados) «puros» del campo donde el reconocimiento y valores son atribuidos autónomamente y las posiciones son establecidas en función del éxito entre iguales, entre «los del oficio». Un académico es reconocido y valorado por los demás y «publicado» por los medios de comunicación internos. Este principio de jerarquización define lo que Bourdieu denomina subcampo de producción restringida. Existe otro principio de jerarquización: el externo al campo, principio no autónomo sino heterónimo, que tiende a organizarlo en función de intereses ajenos y análogos a los del campo del poder económico, político, etc. En general el principio de jerarquización externo tiende a organizar el campo académico en función de intereses ajenos a él, pero que están en vigor en el campo del poder, y confiere posiciones definidas mediante el éxito comercial, la notoriedad pública, o mediante la utilización de los medios de comunicación, etc. (cf. 1992a: 123 y ss. y 1991: 32 y ss.).

Nos encontramos, pues, con dos principios opuestos que actúan en el campo, cuyo nivel de autonomía se definiría por el grado en que el principio de jerarquización interno está sometido al externo. Estaríamos ante una dialéctica permanente entre, por una parte, aquellos académicos reconocidos por sus iguales, de gran valor simbólico por su oposición a subordinaciones externas, y, por otra parte, aquellos académicos que buscan legitimación en función del éxito externo comercial, mediático, político o de otro tipo. Una cosa son los «escolares» reconocidos por



sus pares, y otra muy distinta aquellos que, necesitados de poder simbólico (sea porque carecen de él, o lo han perdido, sea porque quieren aumentarlo), se ofrecen para realizar, a cambio de una mínima paga, servicios mercenarios al campo del poder político, económico o mediático, para mantenerlo como dominante frente al campo académico. Observamos a veces cómo un académico que perdió su posición o parte de ella en el campo restringido, se ofrece a realizar servicios en los medios externos al campo, para intentar mantener una cierta notoriedad aunque sea heterónoma. En casos el académico o científico presta sus servicios al poder ofreciéndole la capacidad técnica que el poder no tiene, bien sea para someter a sus mismos colegas mediante informes, comisiones de proyectos de investigación..., bien para ocupar puestos políticos *soi-disant* «técnicos». En otros casos el poder impone *de iure* a los integrantes del campo académico servicios de este tipo. Siempre, pues,

El poder simbólico que se adquiere mediante la obediencia a las reglas de funcionamiento del campo se opone a todas las formas de poder heterónimo que ciertos artistas o escritores, y, más en general, todos los poseedores de capital cultural (expertos, ejecutivos, ingenieros, periodistas) pueden adquirir en contrapartida a servicios técnicos o simbólicos que ofrecen a los dominantes (sobre todo en la reproducción del orden simbólico establecido). Este poder heterónimo puede estar presente en el núcleo mismo del campo, y los productores más plenamente comprometidos con las verdades y valores internos se ven considerablemente debilitados por este «caballo de Troya» representado por escritores y artistas que se pliegan a la demanda externa (Bourdieu, 1992 a: 307).

Pensamos que esto que se afirma para los campos culturales en general es aplicable al campo académico donde coexisten estas dos lógicas opuestas.

El campo científico funciona pues como tal con su capital simbólico, creencias, hábitos y con sus intereses reales —a veces escondidos bajo el desinterés proclamado— que provocan sutiles estrategias que repercuten en los discursos y también en los propios textos. Como lectores y como productores de textos, creo que no es inútil considerar el texto en la estrategia de su producción para explicar algunos de sus aspectos, en la medida en que el texto —y a veces incluso los resultados obtenidos, y sobre todo los resultados de su lectura— son en cierta medida fruto de la estructura del campo. Habrá, en consecuencia, temas de investigación prestigiados internamente, y por lo tanto impuestos a los que ocupan posiciones inferiores por el propio campo; habrá otros temas de investigación desprestigiados internamente, pero prestigiados e incluso impuestos, externamente, bien sea por intereses económicos, sociales, políticos, etc. Pensemos, por ejemplo, en la relación entre la investigación farmacéutica y el capital económico, o pensemos en algo que nos toca mucho más de cerca: la investigación histórica y los campos identitarios o políticos. Recordemos lo sucedido a raíz de las recientes declaraciones de la Academia de la Historia: pensemos en su contenido, su origen, sus razones, su interpretación y los debates subsiguientes no sólo en el campo autónomo de los historiadores. Vimos cómo algunos historiadores participaron en este debate externo al campo y sintieron, en súbito y condescendiente arrebató pedagógico, la necesidad de ofrecer al



público en general, no tanto a sus colegas, su punto de vista, de lo que resultaba francamente un discurso incomprensible para la mayoría de la población, pero rentable para el prestigio simbólico heterónimo conseguido por el hecho de aparecer en los medios de comunicación de gran difusión. Probablemente los científicos con más prestigio real entre sus colegas no buscaron esta notoriedad externa. Aunque esto que digo parezca alejado de nosotros, creo que también en el campo de los estudios medievales resulta por lo menos útil considerar la estructura del campo para a veces explicar algunas de sus manifestaciones.

Otro factor que se debe de considerar es el siguiente: cada campo establece no sólo una manera de estar en el mundo, sino una manera de juzgarlo. De este modo un campo dispone de punto de vista sobre la realidad y, en consecuencia, tiende a tener una visión deformada de las demás prácticas. Pierre Bourdieu (*Méditations Pascaliennes*) estudia las características de esta distorsión provocada por la propia visión en los juicios y apreciaciones. Se refiere en particular al campo de la *skholé*, al campo académico del discurso «culto», cuya práctica y cuya lógica propias distorsionan la visión de las fuerzas que comandan las prácticas de los ámbitos que analiza.

Los efectos de esta visión desenfocada son mayores cuanto mayor es la distancia entre el campo que tiene como práctica diaria la teorización y aquellas prácticas que son el objeto de análisis. «El etnocentrismo escolar lleva a anular la especificidad de la lógica práctica, sea asimilándola a la lógica escolástica, pero de manera ficticia y puramente teórica (es decir, sobre el papel y sin consecuencias prácticas), sea relegándola a la alteridad radical, a la no existencia y al no valor de lo bárbaro o de lo vulgar» (Bourdieu, 1997: 65). El autor compara esta distorsión provocada por el campo académico ante el análisis de una determinada práctica con el problema que se presenta al etnólogo cuando ha de descifrar una sociedad desconocida. Ignoramos el problema precisamente por la familiaridad académica, y aplicamos la perspectiva propia a espacios distintos y la visión presente a historias pasadas (1997: 101).

Para concluir esta primera parte, podemos, pues, decir que conviene definir desde qué campo (o campos) y desde qué posición se mira y se investiga lo medieval: si se hace desde el campo nacional o identitario, desde el campo académico, desde el campo literario propiamente dicho, o desde varios a la vez, y si se esperan efectos en un solo campo o en varios. Y lo que es más, aun suponiendo que lo investigado se hace en función de intereses puros internos, una cosa son las lecturas y funciones previstas por el propio texto científico y otra son las lecturas y funciones de hecho realizadas.

Desde el campo que nos ocupa ahora mismo, es decir, el de la historia y el de la historia literaria, resulta útil preguntarnos cómo influye la estructura del campo en el texto propuesto o en el texto analizado, cómo influye la visión del campo en las conclusiones presentadas y si lo que se propone en el análisis obedece al campo de producción restringido, es decir, es un producto para los colegas, o bien obedece al campo de gran producción donde lo que se intenta es obtener un capital simbólico heterónimo, como la notoriedad pública, intereses económicos, políticos, incluso nacionales o identitarios, etcétera, y si, resumiendo, lo que se afirma obedece a intereses internos puros y científicos o bien obedece a intereses externos de todo tipo.



Recurriendo una vez más a Bourdieu, sería necesario explicar «quiénes son los descubridores y qué intereses tienen en descubrir» (Bourdieu, 1990: 4) y cuáles son las funciones del descubrimiento. Los paratextos que acompañan al texto publicado y las circunstancias de la edición —universitaria, multinacional, editora de ámbito denominado provincial o regional, manual de bachillerato o revista— constituyen indicadores a tener en cuenta. Todo implica posiciones de autor, previsiones de lectura y funciones esperadas para el texto.

2. EL PUNTO DE VISTA SEMIÓTICO EN LA LECTURA DE LO MEDIEVAL

Siguiendo los ya conocidos estudios de la teoría de la recepción (cf., por ejemplo, los trabajos de Iser y Stierle), y hablando de los textos denominados literarios, se admite que el relato ficcional se construye mediante presupuestos culturales, con una especie de ladrillos de experiencia, pero finalmente, al contrario de lo que sucede en la comunicación habitual, el relato de ficción no es equiparable a experiencia alguna: los esquemas de experiencia con los que se construye el texto no son verificables en relación con un referente preciso; la ficción no se puede interpretar en términos de verdadero o falso. Sin embargo la ficción parte de un primer nivel pragmático que, como tal, necesita ser entendido para necesariamente ser superado. Por otra parte, nunca un texto dice «todo», sino que, sirviéndose de elementos de la experiencia y de códigos culturales, aparece como un programa, como conjunto de vacíos que el lector llenará por lo menos parcialmente en la lectura, que es cuando lo ficcional se constituye. Hay algo en común en los actos de «escritura» y «lectura» de la comunicación literaria: los repertorios socioculturales que se presuponen y actúan en ambos extremos del acto de comunicación (Stierle 1987: 133). El escritor se sirve, conscientemente o no, de los mismos saberes que presupone en su lector, lo que implica un tiempo y un espacio comunes; este esquema resultaría teóricamente válido siempre que el tiempo y el espacio de la lectura fuesen coincidentes.

Cuando el espacio de lectura es distinto y posterior se produce lo que en alguna ocasión he llamado «lectura a destiempo». Me parece importante la distinción establecida por Iser (1987: 131) entre lectura contemporánea al texto y lectura posterior; en el primer caso la actitud del lector es *participativa*; el lector participa directamente de los sistemas de sentido de la obra, *vive* la novedad del texto (puesto que también *vivió* los textos anteriores), aun cuando no descubra su alcance histórico. En el caso de una lectura posterior, la actitud del lector es, en términos de Iser, *observadora*: descubre el alcance del texto, su novedad, pero no la *vive* en todos sus niveles como experiencia. Stierle (*ib.*) establece una diferenciación semejante: «Dado que el receptor y el emisor disponen de un repertorio común, hay entre su situación de comunicación y la asimétrica de la recepción posterior una diferencia fundamental. Si un receptor posterior pone en juego irreflexivamente su repertorio, se producirían inevitablemente falsificaciones de la ficción».

En estos casos, la lectura espontánea «realizará» el texto, no en función de los sistemas de sentido que le eran contemporáneos, sino en función de los sistemas



de sentido contemporáneos al lector, que pueden obviamente coincidir en parte con los primeros, pero que también pueden presentar diferencias importantes, precisamente aquellas diferencias que hicieron que la literatura se fuese constituyendo como historia. Entonces la percepción del efecto textual se modifica y también su función en la interpretación. Es entonces posible que en la recepción actual o posterior del texto se sitúe la indeterminación donde no está y se llenen «vacíos» inexistentes.

Un texto puede, pues, a lo largo de la historia y en otros contextos culturales, ser «utilizado» para establecer relaciones de comunicación *nuevas*, para provocar *actos de comunicación*, por lo menos parcialmente, distintos de los inicialmente previstos; un mismo texto puede, en un tiempo diferente (o en otro lugar), convertirse en un *hecho* distinto. Esta novedad resultante para el texto será mayor cuanto mayor sea la distancia (espacial o temporal) entre su situación originaria y aquella en la que termina por encontrarse.

De lo que acabamos de afirmar podemos deducir lo siguiente: el texto leído en otra cultura distinta o posterior puede verse dotado de un poder ficcional real ni previsto ni esperado, poder provocado por las dificultades para determinar lo indeterminado, y provocado también por la disolución del mundo referencial debida a la distancia temporal que hace que, en el primer nivel pragmático —que hay que reconocer para superarlo luego—, aumente el número de elementos inverificables y por ello mismo constituya de hecho una fuente de ficción inicialmente no prevista.

Yendo aun un poco más lejos, me atrevería a formular la siguiente hipótesis: lo mismo los textos que cualquier otra clase de objetos fabricados por el hombre, situados fuera de su tiempo, espacio o funciones originales, pueden verse dotados de un cierto poder o efecto artístico. Este efecto se genera mediante la distancia cultural y se produce tanto en objetos o textos (o elementos de textos) inicialmente artísticos, como en aquellos que en un principio no lo eran. Los primeros se verán así provistos de una lectura ficcional añadida y los segundos pasarán a tener una cierta consideración artística. Cuanto mayor sea la distancia cultural, mayor es también esta posibilidad de «consideración artística» resultante. Este carácter artístico que «sobreviene» deriva, pues, del hecho de que, lo mismo el objeto o texto práctico que los elementos pragmáticos normales en un texto literario, cambiando de tiempo o de espacio, aparecen desprovistos de su función pragmática, de ese carácter útil que la cultura de su tiempo les proporcionaba, y también desprovistos de la posibilidad de verificación que el contexto referencial les ofrecía; funcionan entonces como conjunto de signos libres no atados a ninguna referencia y disponibles para crear ficción.

Esto afecta, como decimos, a los textos inicialmente literarios o artísticos, porque éstos no dejan de fabricarse con esquemas de una experiencia pragmática, ciertamente a superar, pero que necesita, repetimos, primero ser entendida como tal para poder ser superada. Este carácter pragmático del texto literario o artístico puede no ser percibido en su nivel adecuado a causa del cambio cultural, al ser el objeto o texto recibido en una cultura para la cual esa función pragmática ya no tiene sentido. Entonces lo que inicialmente era base pragmática pasa a producir ficción, de ahí esa ficción añadida de la que hablamos. Los ejemplos sintomáticos de esta



ficcionalización de textos e incluso de objetos que reciben posteriormente una consideración literaria o artística son abundantes. Vemos así cómo algunos tratados de historia del arte incluyen en sus primeras páginas instrumentos primitivos de sílice sin intención artística inicial alguna. Otro ejemplo claro de esto mismo lo constituye la dificultad en la percepción de la comicidad en los textos antiguos: a veces no vemos dónde está lo cómico, otras veces interpretamos como cómico lo que no lo es necesariamente. Casi todos los manuales de historia literaria que ahora se hacen reconocen como literarios textos que en su momento parecían no tener esa intención; uno de los casos más llamativos es el de los manuales de literatura latina, donde tratados de ingeniería, de agricultura o de cocina reciben una consideración literaria explícita y no porque lo fuesen en su tiempo —aun admitiendo el diferente estatuto del libro y de la escritura en cada época—, sino y sobre todo porque lo resultan para el hombre actual por las razones que hemos intentado explicar. Lo que luego aparece en los manuales no es más que un síntoma de esta ficcionalización.

Hemos hablado de una cierta proporcionalidad entre la distancia temporal y la convertibilidad literaria de un texto. Según avanza el tiempo, esta convertibilidad sería menor. Si utilizamos como fuente de observación los manuales de historia literaria, vemos que los referidos a la época medieval ya no mencionan los mismos tipos de textos tan técnicos que mencionaban los referidos a la época romana, pero nos encontramos con otro fenómeno equivalente: la ficcionalización de los textos históricos. Parece que el que los manuales de literatura francesa, por ejemplo, incluyen a los «Chroniqueurs» medievales tiene que ver con esto. Por otra parte, el carácter narrativo de estos textos favorece la lectura de ficción frente a otros textos de carácter técnico.

Quizás la ficcionalización de textos históricos necesita menos tiempo, o casi ningún tiempo. En la lectura de la historia, creo que una cierta ficcionalización libre resulta de suyo inevitable. De hecho los tratados de historia literaria nos ofrecen abundantes ejemplos. Veamos uno concreto de la *Littérature française* dirigida por A. Adam (1967: 29) referido a la *Vie de Saint Louis* de Joinville:

Ce livre tient des mémoires et de l'hagiographie à la fois; mal composé, portant des marques évidentes de sénilité, il charme néanmoins par son ton familier, amical, ému, sa loyauté, l'attachement candide dont il témoigne aux vertus chevaleresques; les anecdotes tirées de souvenirs personnels s'y mêlent à des narrations plus suivies, peut-être faites sur des notes prises durant la croisade. Peu sûr, parfois puéril, il est souvent captivant de couleur, pittoresque, d'abondance naturelle et de vie.

Así el texto de Joinville resulta «mal compuesto, con evidentes señales de senilidad..., pueril» (descalificación de origen académico). Al mismo tiempo, encontramos una lectura de ficción clara: el texto resulta colorista, pintoresco —notemos las expresiones bien explícitas: «charme», «captivant»—. En otros manuales aparecen descripciones casi idénticas del mismo Joinville: «son œuvre prend ainsi un aspect désordonné, mais plein de vie et de spontanéité» (véase, por ejemplo, Mitterrand, 1988: 50 y ss.).

En los manuales españoles encontramos un tratamiento similar de este tipo de textos. Leamos, por ejemplo, los comentarios relativos a los textos históricos



surgidos en la conquista y comprobaremos cómo se les ficcionaliza e interpreta en función de los parámetros actuales del campo literario español, del campo académico, del campo identitario, etc.

El fenómeno es de hecho general y no sólo académico. Pensemos, por ejemplo, en la utilización por Brassens de la poesía de los trovadores en concreto o también de la obra de François Villon (Luna Alonso, 1989). Brassens descubre el poder ficcional de los textos antiguos al cambiar de temporalidad. Este cantautor convierte el fenómeno en un auténtico procedimiento literario. Un caso parecido nos lo presenta, por ejemplo, parte de la producción de Amancio Prada. En el terreno estilístico vemos también cómo el arcaísmo «medievalizante», que figura ya en la retórica antigua, es un procedimiento que basa su efectividad en la distancia cultural ficcionalizada que sugiere. André Gide los utilizó con frecuencia. Igualmente A. Jarry obtiene, mediante la utilización de lo grotesco medieval, efectos teatrales notables. Esta reficcionalización puede aparecer en múltiples manifestaciones, desde las versiones fílmicas del *Jorobado de Notre Dame* a los denominados mercados medievales, que a veces vemos en nuestras plazas, que constituyen una reinención ficcionalizada de lo medieval llena de fenómenos semióticos complejos ciertamente. Recuerdo, por ejemplo, un «mercado medieval» en la Villa gallega de Noia o el jardín medieval que se puede contemplar frente al museo francés de la Edad Media del Hôtel de Cluny.

En resumen, nos parece importante para quien investiga sobre textos del pasado el ser consciente de las modificaciones que éstos pueden experimentar, tanto desde el punto de vista sociológico como desde el punto de vista del funcionamiento de los signos. Debemos contar con los efectos semióticos normales cada vez que nos aproximamos a estos mundos «autres», pero nos parece también necesario el ser conscientes de que la objetividad académica, en la que creemos por pertenecer a este campo, no deja de estar sometida al riesgo de la práctica propia de éste o de otros campos y de la identidad compleja de cada uno. Debemos intentar evitar proyectar sobre el pasado nuestras propias creencias sociales «naturales» (pero naturalizadas), y que la ficcionalización, fruto de la distancia, o los diversos efectos de las ópticas de cada campo, hagan de nuestra observación una lectura a destiempo o, lo que es lo mismo, una lectura «fuera de lugar».



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADAM, Antoine *et al.*, *Littérature française*, París, Larousse, 1967-1968.
- BOURDIEU, Pierre, «Les conditions sociales de la circulation internationale des idées», *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte*, ½, 1990, pp. 1-10.
- BOURDIEU, Pierre, *Ce que parler veut dire*, París, Fayard, 1982.
- BOURDIEU, Pierre, «Le champ littéraire», *Actes de la Recherche en sciences sociales*, núm 89, 1991, pp. 3-46.
- BOURDIEU, Pierre, *Réponses*, París, Seuil, 1992.
- BOURDIEU, Pierre, *Les Règles de l'art*, París, Seuil, 1992a.
- BOURDIEU, Pierre, *Méditations Pascaliennes*, París, Seuil, 1997.
- EVEN-ZOHAR, Itamar, «La Función de la literatura en la creación de las naciones de Europa», en *Avances en Teoría de la literatura: Estética de la Recepción, Pragmática, Teoría Empírica y Teoría de los Polisistemas* (Darío Villanueva, ed.), Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 1994, pp. 357-377.
- FOX, Inman, *La invención de España*, Madrid, Cátedra, 1997.
- ISER, Wolfgang, *El acto de leer*, Madrid, 1987.
- LUNA ALONSO, Ana, *A escritura poética de Georges Brassens*. Tesis inédita. Santiago de Compostela. 1989.
- MITTERAND, Henri, dir., *Histoire de la Littérature française*, I, París, Nathan, 1988.
- STIERLE, Karlheinz, «¿Qué significa recepción en los textos de ficción?», in MAYORAL, J.A., ed., *Estética de la Recepción*, Madrid, Arco Libros, 1987, pp. 87-143.
- THIESSE, Anne-Marie, *La création des identités nationales*, París, Seuil, 1999.
- VARELA, Javier, *La novela de España*, Madrid, Taurus, 1999.
- WERNER, Michael, «La place relative du champ littéraire dans les cultures nationales», pp. 15-30, en Espagne, Michel y Werner, Michael, eds., *Philologiques III. Qu'est-ce qu'une littérature nationale? Approches pour une théorie interculturelle du champ littéraire*, París, Éditions de la Maison de Sciences de l'Homme, 1994.

